

IN MEMORIAM FERENC FEHÉR

El viernes 17 de junio de 1994 murió en Budapest el filósofo y ensayista político Ferenc Fehér. Nacido en 1933, Fehér, compañero de Agnes Heller, discípulo de Lukács y miembro de la Escuela de Budapest, dejó constancia en sus obras, elegantes, cultas y apasionadas, de las turbulencias que el siglo fue arrojando sobre su propia vida y la de tantos europeos de su generación. De familia judía, vivió primero el horror del holocausto en su entorno más inmediato, para después experimentar, desde la esperanza trastocada en disidencia frente a la Hungría kádrista, la decepción y el rechazo frente al doloroso callejón sin salida que resultó ser el socialismo real. Su pensamiento, siempre nostálgico de una cultura centroeuropea real o imaginaria de la conversación inteligente, democrática, se dedicó al esfuerzo ininterumpido de desentrañar esos hilos que están en la raíz de los terribles experimentos totalitarios del siglo y que enlazan la cultura con la experimentación política. Así, como alumno de Lukács contribuyó al intento último de éste dirigido a una democratización de los países del bloque soviético, lo que su maestro llamó el «renacimiento del marxismo», animado por la ilusión de que, como señaló Manuel Sacristán, lo mejor de la cultura europea siempre señaló en dirección al socialismo. Para ello acometió la tarea ímproba de resumir, y así hacer accesible, la monumental *Peculiaridad de lo estético* del fi-

lósofo húngaro. Pero el rescate de los valores humanistas de Marx a través del refuerzo de la cultura del clasicismo europeo sólo provocó, por una parte, hilaridad y cinismo en los defensores de la ortodoxia del régimen, por otra, el desdén de la oposición ante lo que veían como operaciones de maquillaje, o en el mejor de los casos, como operaciones estériles de una *Intelligentsia* parasitaria de un gobierno dictatorial. Las esperanzas de una reconversión del socialismo, de una corrección de sus desviaciones en la dirección de su verdadera esencia, se disiparon por completo. Lo hasta entonces considerado como desviaciones burocráticas se mostró como la verdadera estructura del sistema de dominación. Sin embargo, esto no significó un abandono del socialismo como valor. Para Fehér la cuestión social nunca perdió relevancia en su pensamiento. Así, el estudio de la política en su relación con lo social, la necesidad de extraer lecciones teóricas constructivas de ese «callejón sin salida de la modernidad» que para él fue el socialismo real se acentuó, y se convirtió en la tarea prioritaria tras su exilio en 1977, primero en Australia y después en Nueva York. Para él, por tanto, el exilio no significó una fractura sino un compromiso intelectual que le obligaba a reflexionar y desvelar las lógicas de la dominación que operaban en la Europa del Este. Sus libros y artículos son testimonio de esta insobornable actitud, que le

hizo sufrir incomodidades e incompreensiones en Occidente pero que dan la medida de su personalidad. Martin Jay retrató, a mi entender de la mejor manera posible, a Agnes Heller y a Ferenc Fehér como unos mensajeros con malas noticias del Este para la izquierda occidental. Como portadores de malas noticias no fueron bien recibidos; sin embargo, el tiempo acabó por darles la razón. El socialismo real era, efectivamente, un callejón sin salida de la modernidad, o, como lo ha denominado Piotr Sztompka, una falsa modernidad. Esta falsa modernidad fue analizada por Fehér, junto a Heller y Markus, en el libro unánimemente alabado *Dictatorship over Needs* (1984), en *Hungary 1956 revisited* (1983) con Agnes Heller, y en *Political Legitimation in Communist States* (1982) con T.H. Rigby (eds.). Su compromiso permanente con un socialismo democrático, libre de la pesadilla totalitaria, puede verse en *Eastern Left, Western Left* (1987) con Agnes Heller, una requisitoria y al tiempo intento de acercamiento a la izquierda occidental con el fin de librarla de sus autoengaños. Pero quizá sea en *The Frozen Revolution: An Essay on Jacobinism* (1987)

donde esa conexión moderna entre totalidad y emancipación, y sus peligros, son desvelados de la manera más clara y precisa.

Fehér, que siempre sostuvo una optimista confianza en que la cultura democrática centroeuropea acabaría por prevalecer, contestó el desdén de Habermas hacia «las revoluciones restauradoras» de 1989 con la afirmación de que esa calificación era el más alto elogio que se les podía hacer. En su interpretación esa afirmación denotaba que los países del Este habían vuelto a la vía por la que circula la modernidad hacia el futuro. Que las sociedades del Este dejaban atrás esa falsa modernidad y abrazaban otra modernidad (*The Postmodern Political Condition*, con Agnes Heller, 1989) que separa la razón teórica, en la que todo está permitido, de la razón práctica, en la que los experimentos son más la excepción que la regla. Una modernidad vuelta a una normalidad que, aunque problemática, permite «abordar la genuina reforma social», esto es, está lejos ya de la aberración de la «revolución social permanente».

Ángel Rivero Rodríguez